

La fotografía de Álvarez Bravo

José María de la Vega

La Sociedad de Arte Moderno, luego de acercar y explicar al conocimiento público mexicano el caso estético que habrá de ser siempre Picasso; después de ordenar y encuadrar en el ambiente admirativo y servidor que se merecen las prodigiosas máscaras mexicanas; consecuente con sus principios revisionistas y estimuladores de la sensibilidad plástica nacional, trae e un primer plano conveniente la obra de un artista fotógrafo que andaba dispersa, huidiza, casi desvanecida en la memoria desmemoriada de muchos, pero viviente y recreada en todo instante por el recuerdo activo de quienes supieron hallarle su sentido auténtico y sus alcances verdaderos.

Con la exhibición de este conjunto fotográfico, que define de modo sintético la obra lograda en plenitud por las bien definidas dotes de Manuel Álvarez Bravo, la Sociedad de Arte Moderno renueva la antigua y persistente pugna entre definidores más o menos amigos de la verdad cabal, que se resume en la pregunta: ¿Puede aceptarse a la fotografía como un arte de calidad, capaz de convivir en rango equivalente junto a las artes consideradas clásicas, y aceptadas sin discusión por tales? En el propio catálogo de la exposición de que hablamos, se alude con fina competencia a esto, al analizar desde distintos ángulos la personalidad del expositor y las características de su labor.

Para definir claramente nuestra opinión a este respecto, comenzaremos por transcribir un juicio sutilísimo, justificado y matizado con gracia y certeza evidente de Xavier Villaurrutia, quien luego de los consiguientes esguinces tácticos y de algunas observaciones enderezadas a mantener en pie el concepto de Baudelaire, "al negarse a considerar la fotografía como una de las Bellas Artes y a los fotógrafos como artistas", se imagina gustosamente a Manuel Álvarez Bravo como un San Dionisio



Soldador, ca. 1932



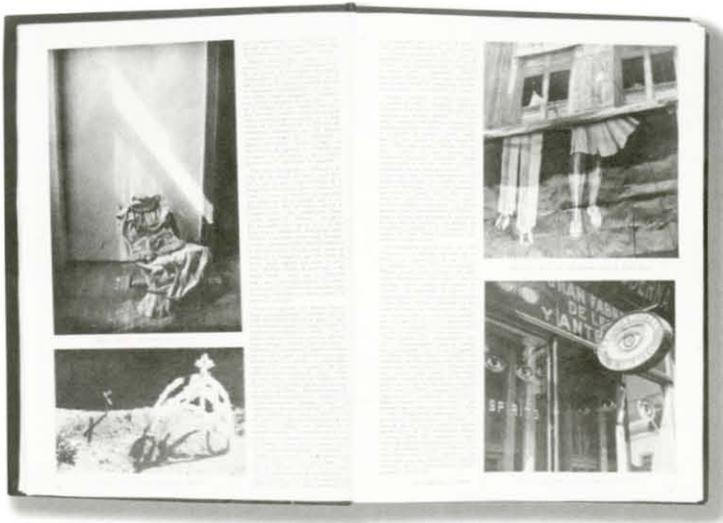
Payasito II, 1929

de la fotografía, con la cabeza en su lugar, que es decir en las manos, haciendo que sus dedos palpen lo misterioso, que en ocasiones halla su alojamiento en objetos y cosas, y aceptando que este fotógrafo de excepción realiza operaciones poéticas, por lo cual debería tener acomodo en el Helicón, o en el Parnaso, mereciendo ser atendido por las deidades protectoras de las artes y de las letras.

De acuerdo en lo fundamental con el autor de "El Yerro Candente", añadiremos que habrá de ser por el concepto diferenciado y creador de la forma y de sus valores; por la penetración poética del motivo concreto; por la auténtica originalidad desde que se observe y defina la obra; y por la gracia verdadera para percibir los matices, que se ganarán los fotógrafos la denominación de artistas. Lo demás, es decir, la técnica

lograda en el dominio de la cámara; el conocimiento preciso y el uso justo del instrumento óptico; los aspectos complementarios y tecnológicos adscritos a la fotografía, y que son y tendrán que ser la "gran mayoría de los casos" representados por fotógrafos con mayor o menor pretensión artística, no podrán ser sino expresiones de mentes claras, razonadoras científicas si así se quiere, auxiliares indispensables del punto de vista esencial, diferente, adivinador, creativo, poético, plástico: "artístico", en una palabra.

Manuel Álvarez Bravo, técnico de la fotografía, conocedor cierto de las posibilidades reproductoras de la cámara, y pacienzudo perseguidor de los secretos revelables de la luz y la sombra, se ha dedicado sensible y obstinadamente a la tarea dramática y gozosa de descubrir y presentar ante el ojo sin velo del instrumento dominado, su propia sensibilidad, su originalidad de visión, sus momentos felices llevados a plano poético, creador, conciliador de los contrarios, que es la plástica valedera. Pero técnicos de la fotografía como Manuel Álvarez Bravo, existen muchos en el mundo. Todo lo que técnicamente es posible y obligatorio aprender para simplificar el hecho de proyectarse en obra propia a través de la fotografía, hay miles que ya lo aprendieron, o que ya lo están aprendiendo. Pero "el poquito más de blanco, o el poquito más

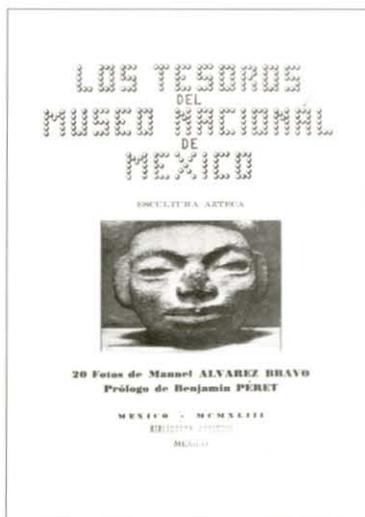


Arte y Plata, México, agosto de 1945. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM
 Abajo: Manuel Álvarez Bravo y Benjamín Péret, *Los Tesoros del Museo Nacional de México*, México, 1943. Col. Biblioteca Nacional, UNAM

de negro”, de que hablaba el pintor francés aludiendo al punto preciso en que los elementos se conjugaran para lograr la obra de arte, eso, “el casi nada” primordial que hace máxima o mínima una obra artística, pocos fotógrafos lo tienen.

Manuel Álvarez Bravo, artista “con” la cámara y no “por ella” principalmente, tiene esa gracia diferenciadora, disociadora, condensadora de la verdad formal, que él sabe meter en la cámara, no sacarla de ella, ni tropezarse accidentalmente con ella, como tantos buenos fotógrafos y modestísimos artistas consiguen día tras día, si o no en la creencia de que realizan obra artística. Se trata, a nuestro juicio, de un gran artista potencial que se auxilia, en la definición de su concepto de la plástica, del instrumento maravilloso que nos permite conservar la imagen de lo sorprendido y querido por nuestro “mirar y escoger” en una fracción de segundo, en el tiempo que el cuenta luz nos marca y en el espacio que nos dice el registrador de distancias.

Esta fácil catalogación o realización del tema que la cámara nos ofrece, será siempre lo que le quite rango al hecho de la fotografía. Al contrario que el pintor, el escultor, el poeta, el músico y el arquitecto, que suelen ser “de la partida”, que se evidencian en su obra de manera directa, el fotógrafo, aun el que consideramos artista, es una especie de “diletante”, un gustador del medio físico que le cerca, un don Juan rico y rodeado de hermosuras sobresalientes, a las cuales puede echar fácilmente mano, aprisionándolas, absorbiéndolas en la película sensible. Escribe estas líneas un amigo de la fotografía, que hizo miles de buenos temas, algunos que rozan “lo artístico”, sabiendo también de otras artes, y del drama ardido y activo que su realización exige; que conoce directamente los esfuerzos que



pide la concreción de una obra plástica para evidenciarse en valores estéticos de meritoria jerarquía.

Esto, en lo general; pero Manuel Álvarez Bravo, indudablemente excepción, con lentitud penetradora, dejándose ganar el gusto por hechos posibles y



Caballo de bazar, 1931

reales, factibles de traducirse en plástica, ha vivido y vive ligado a unas preferencias temáticas que hizo suyas con gran esfuerzo, que supo amar y decantar con escrupulosa exigencia estética, por lo cual se ganó el derecho a ser considerado artista, a merecer el sobrenombre honroso de recreador verdadero, de aportador al acervo estético de nuestro tiempo de unos valores plásticos de condición dramática, lírica, humana, que enriquecen nuestra visión de México, dándonos nuevas dimensiones de su existir en lo integral.

Este artista diferenciado, “delgado y enjuto”, “de apariencia y de esencia ascética e invernal”, explica también por escrito su derecho a estar junto a los plásticos mercedores de este nombre, con palabras muy expresivas en su perfecta sencillez: “La invención de la fotografía es el resultado de los esfuerzos que el hombre, a través de los tiempos, ha hecho y seguirá haciendo para perfeccionar su ‘imagen y semejanza’ y la del ambiente en que se mueve”. Así dice, para añadir: “No hay una diferencia esencial en los propósitos de representación de las diferentes

artes; la plástica y la música se esfuerzan por captar la imagen en toda su amplitud; ésta es la necesidad que las mueve; de aquí el sutil sentido musical de las artes plásticas y el plástico de la música. Es así como se establecen las relaciones íntimas de las diferentes artes por definiciones propias de la técnica usada y sugerencias y anhelos que buscan llenar los vacíos que deja siempre la vida cuando la convertimos en sombra sin rumor o en murmullo sin forma”.

Ningún “esplendor” mexicano prendió a su mirada de artista el fotógrafo a que nos referimos. Éste prefiere el medio tono confidencial, la melodía doliente, “la lluvia tenue, continua y menuda que empapa paulatinamente nuestros nervios y penetra hasta la médula de nuestros huesos”, según dice con fino acierto el artista Diego Rivera. Observador atento, Manuel Álvarez Bravo contiene con rigor constante sus atracciones entusiastas, poniéndoles sordina, sometiénolas a una ley estética explícita, coordinada con los principios sensibles y valorativos que hacen de la lente lumínica una ventana abierta sobre los



Caballo pintado y niño, 1931

misterios, hacia la gracia en dormivela, y los ávidos deserezos que hallan el mundo nuevo, tibio, y encuentran el tema reciente, exclusivo y absorto. No se hallará en este poeta, “uno de los grandes poetas contemporáneos de México”, ningún motivo que sobrepase la aspiración de intimidad, de soliloquio o de diálogo, de sonambúlico embeleso o de conjugación armónica de unos valores emocionales concebidos a escala humana.

Su mexicanismo genuino pone coto a lo pintoresco, a la máscara mexicana que se esfuerza por convencernos de que ella es, en realidad, el rostro. Fiel a este principio, Manuel Álvarez Bravo elimina todo argumento declamatorio, todo aquello que no contenga ciertos valores permanentes de emoción y de plasticidad, de gracia y riqueza esenciales. A veces sus eliminaciones se nos ofrecen excesivas. Empeñado en desnudar sus temas, no solamente los reduce a sus propias carnes y a sus líricas resonancias, sino que los deja en su espectro, en el drama de su oquedad, en la patética expresión de su inmediato fracaso plástico.

Para intentar fijar, subrayándolas amorosas e inteligentemente, todas las cualidades artísticas que viven en las fotografías de Manuel Álvarez Bravo, se organizó esta exposición, un alto ejemplo más, entre los varios que se ofrecieron en los últimos tiempos a nuestro medio artístico. Con acierto evidente reconoce la Sociedad de Arte Moderno, que el caso de este artista fotógrafo no es único en México, aunque fuera o pudiera ser éste la cúspide de la expresión artística mexicana en la hora actual. Y por entender que en México hubo, hay y deberá haber fotógrafos de significación y rango artístico; para afirmar y fortalecer la idea de que la cámara, cuando es prolongación activa de una sensibilidad plástica y poética ciertas, deja constancia y expresiones de calidad sobresaliente, se ha esforzado por presentar la obra de Manuel Álvarez Bravo, con la misma exigencia y rigor funcionales con que presentaría al más indiscutible de los artistas plásticos contemporáneos y universales.

Fuente: *Arte y Plata*, México, agosto de 1945. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM